SECCION TERCERA.

OBRAS DOCTRINALES.

§. 637.

Comprendemos en esta seccion, dándoles el nombre de *doctrinales*, todas las obras no poéticas destinadas á la lectura. A pesar de su variedad incalculable, se notará, sin embargo, que todas están directamente dedicadas á la enseñanza ó aplicacion de la verdad. Y como las verdades no son mas que hechos debidos á la observacion externa é interna, ó al testimonio humano y divino, ó juicios fundados sobre estos hechos, de aquí dos direcciones distintas del espíritu, y por consiguiente, dos diferentes ramificaciones de la ciencia.

En las *obras históricas* se registran los hechos particulares, en las *científicas* se consignan los hechos generales y los principios. Pero la ciencia ejerce grande influjo en la vida; de la region de los principios y de la abstraccion pura se desciende á las reglas de aplicacion, á los hechos; al lado de las obras *teóricas*, las obras de *práctica*, y por último, las de *educacion*, las de *moral* y las de *crítica*.

Dedicarémos un capítulo especial á las *composiciones históricas*, y tratarémos en otro capítulo de las *científicas y morales*.

Empleamos el nombre de *doctrinales* en un sentido mas lato del que realmente tiene en el idioma; pero que es el que mas se acerca á la idea que nos proponemos expresar. El de *didácticas*, parece que se refiere de un modo

mas exclusivo todavía á las obras cuyo objeto es la enseñanza de una ciencia ó arte.

Aunque el fin de las obras morales sea la realizacion de lo bueno; como para realizarlo no se hace mas que aplicar las verdades morales, por esto hemos sentado de un modo general que la enseñanza ó aplicacion de la verdad es el fin de todas las obras comprendidas en esta seccion. En cuanto á las históricas, no ofrece ninguna duda que tienen por objeto la enseñanza de verdades concretas ó de hechos verdaderos.

De todos modos, fíjese mucho la atencion en los tres distintos caractéres que predominan mas ó menos en las diversas obras del entendimiento, combinándose de mil maneras distintas. De las verdades particulares y concretas se asciende á las generales y abstractas, y de estas se desciende otra vez á los hechos, á la aplicacion, á la práctica, á la realizacion de lo bueno y lo útil. El empirismo y la rutina pasan de la experiencia á la práctica sin el intermedio de la ciencia.

CAPITULO PRIMERO.

COMPOSICIONES HISTORICAS.

§. 638.

La historia es la narracion fiel de los hechos que han influido en la formacion, progresos, decadencia y destruccion de las naciones y en los destinos de la especie humana en general.

La palabra *historia* deriva de una voz griega que significa *yo inquiero, examino*, y en su acepcion mas lata se ha aplicado al conocimiento de todos los hechos que caen bajo el dominio de la experiencia. *Rerum cognitio præsentium.* Por esta razon se dió el nombre de *historia natural* á la ciencia que tiene por objeto la *descripcion* de la naturaleza. Bacon divide la historia en *civil*, *literaria* y *natural*.

§. 639.

El fin directo de la historia es instruir, ensanchando el círculo

de la experiencia. En ninguna época se ha conocido tanto como en este siglo la importancia de los estudios históricos. Es cierto que el célebre Bacon, consecuente con su método filosófico, atrajo sobre dichos estudios las miradas de los inteligentes, y demostró ya la utilidad de una historia literaria; pero debian presenciarse todas las aberraciones del siglo pasado y las utopias del actual, para que fuese apreciada en todo su valor la rica herencia que nos legaron las generaciones pasadas.

Despues de vagar sin norte alguno por extraviadas sendas, la razon humana volvió á sentar su planta en el terreno firme de lo pasado. En política, en jurisprudencia, en literatura, al frente de las escuelas novadoras y filosóficas, aparecieron las escuelas históricas; al lado de los proyectos y vaticinios, las penosas investigaciones arqueológicas y el afan de reconstruir lo que el tiempo habia sepultado en ruinas.

§. 640.

Aunque el fin de la historia sea intruir, no instruye como la ciencia propiamente dicha, cerniéndose en las regiones de lo general y lo abstracto; constituyen su materia los hechos. Ocupa un lugar intermedio entre las obras poéticas y las prosáicas; participa algun tanto de las obras del arte, y por esta razon se ha considerado siempre como uno de los diversos géneros literarios.

Los destinos de los imperios, el encumbramiento y caida de los grandes hombres, las grandes pasiones, los grandes caractéres, son objeto de sumo interés poético; interés que puede aumentar el historiador coordinando bien los materiales, disponiendo artísticamente la obra, haciendo revivir las épocas por la fuerza de la imaginacion, y embelleciéndolo todo con las galas del estilo. Sin embargo, la realidad presenta una porcion de accidentes y pormenores insignificantes de que no puede prescindirse en la historia; la realidad presenta lo prosáico al lado de lo poético, y el historiador debe ceñirse estrictamente á la realidad. El historiador no puede agrupar los hechos á su arbitrio, no puede aumentar ó disminuir su importancia segun convenga, no puede suprimir lo que estorbe, ni suplir lo que falte para acomodarlo todo á un fin determinado; en una palabra, no se halla en las condiciones del poeta épico ó dramático que crean una accion. La historia, por último, no se limita á resucitar lo pasado por medio de la imaginacion; examina, calcula, deduce lentamente cuando se trata de la investigacion de los hechos, y al lado de la descripcion histórica, debe colocar la razon filosófica, la reflexion.

I.—DIVISIONES DE LA HISTORIA, Y DE SUS DIFERENTES ESCUELAS.

§. 641.

La historia se divide en *universal*, *general*, *especial* y *personal*. La *universal* abraza todos los hechos importantes transcurridos desde la creacion del hombre hasta nuestros dias; la *general*, los de una grande época de la historia universal, ó los de una nacion; la *especial* se limita á un solo período ó á un solo acontecimiento; y la *personal* (biografía, vida) es la historia de un solo personaje.

La primera historia universal algo completa, y que ha servido de base á las que posteriormente han salido á luz, es la que se empezó á publicar en Lóndres el año 1736. La de Muller es un modelo de compendio histórico; y la de César Cantú, que tan popular se ha hecho en Europa, puede considerarse como un excelente resúmen de todos los trabajos precedentes, y especialmente de los verificados en los últimos tiempos. Son historias generales el *Curso de historia moderna*, por Schœll, y la *Historia de Roma*, por Tito Livio; historias especiales, *La conjuracion de Catilina*, por Salustio; *La guerra de Granada*, por D. Diego Hurtado de Mendoza, y *La conquista de Inglaterra por los normandos*, de M. Thierry; é historias personales, la de *Cárlos V*, por Robertson, y la de *Cromwell*, por Villemain. Las historias personales de tanta extension como estas no se llaman generalmente biografías ni vidas; la importancia de los personajes hace que el autor tenga que extenderse á retratar principalmente la época. Los *Varones ilustres*, de Plutarco; los *Claros varones de Castilla*, por Fernando del Pulgar, y las *Vidas de españoles célebres*, por D. Manuel Quintana, son modelos de biografías propiamente dichas.

§. 642.

La historia, por rázon de la materia, se divide en *sagrada* y *profana;* en *civil, científica, literaria, artística*, etc.

Generalmente se divide la sagrada en *santa*, que es la comprendida en los Libros Sagrados, y *eclesiástica*, que contiene la de la Iglesia desde su fundacion. En los tiempos modernos se han subdivido y circunscrito mucho los trabajos históricos. Casi todas las ciencias, todas las instituciones políticas, todas las sectas, todas las artes y oficios han aspirado á poseer su historia especial.

§. 643.

Mas importantes son para el literato las diferencias que nacen del fin que se propone el historiador, y del método que adopta al escribir la historia, porque en ellas se funda la diversidad de formas que presentan las obras comprendidas bajo la denominacion general de históricas.

Siendo la base fundamental de la historia la verdad de los hechos, y ofreciendo dificultades inmensas la averiguacion de esta verdad, no solamente cuando se trata de épocas muy remotas, sino tambien con respecto á los mismos hechos contemporáneos, se han escrito obras importantísimas bajo el título de *memorias, antigüedades*, etc., cuyo principal objeto es deslindar los hechos verdaderos de los falsos, mediante muy prolijas y minuciosas investigaciones. Estas obras no constituyen la historia propiamente dicha, pero son los firmes cimientos en que debe descansar. El arte que da reglas para juzgar con acierto de la verdad ó falsedad de los hechos se llama *crítica histórica*.

La crítica histórica supone una porcion de ciencias auxiliares. La *arqueología*, la *epigrafía*, ó arte de conocer las inscripciones; la *numismática*, la *paleografía*, ó arte de leer la escritura y signos de los documentos antiguos; la *diplomática*, que da reglas para el conocimiento de los diplomas y para descifrar su autenticidad; el conocimiento de los archivos, y la *bibliografía*, la *genealogía*, la *heráldica*, ó arte del blason; y por último, la *mitología*, la *filología*, y otras ciencias que son mas ó menos importantes, segun la época que se proponga estudiar el escritor. Las colecciones de Gronovio y Grœvio podrán dar una idea de esta clase de trabajos.

Las *memorias históricas* son discursos didácticos en que se examina algun punto difícil de crítica histórica, ó en que se trata de resolver alguna cuestion de la misma especie. Tambien se da este nombre á los escritos en que los personajes de importancia política dan la explicacion de hechos en que han intervenido ó que han presenciado.

§. 644.

No basta haber descubierto la verdad de los hechos; es preciso ordenarlos, ya con relacion al lugar, ya con relacion al tiempo. Hay obras que bajo la denominacion de *Anales, Efemérides, Diarios, Crónicas*, no tienen otro objeto que la simple consignacion ó exposicion sencilla de los hechos, descendiendo muchas veces á una abundancia de pormenores, que son de mas utilidad para el anticuario que para el verdadero historiador.

Pertenecen á esta clase los anales por olimpiadas de los griegos, los fastos consulares de los romanos, la mayor parte de las crónicas del bajo imperio y de la edad media; los anales, efemérides y diarios de particulares depositados en los archivos ó publicados; parte de los escritos de la prensa periódica actual, las actas de las asambleas y demás corporaciones, y las colecciones de documentos oficiales y legales. La buena ordenacion, y hasta la averiguacion de los hechos, presuponen el conocimiento de los lugares y tiempos. Por esta razon se ha dicho que la *geografía* y la *cronología* son los dos ojos de la historia.

§. 645.

Pero la historia se propone un fin mas alto que la simple memoria de los hechos; no se contenta con satisfacer la curiosidad, sino que aspira á enseñar y moralizar, haciendo revivir en nuestra imaginacion las sombras de lo pasado, excitando nuestro entusiasmo por todo lo grande, y castigando con el odio de las generaciones los horrendos crímenes que fueron estremecimiento del mundo. Para conseguir este noble objeto, la historia ha seguido dos tendencias diversas, segun las facultades del historiador y el gusto de los tiempos; unas veces predomina en ella la imaginacion, y toma un carácter *pintoresco;* otras veces predomina la razon, y se convierte en *filosófica;* otras, por último, puestos en buena consonancia estos dos elementos, se enlazan con la animada pintura de los sucesos las juiciosas reflexiones del historiador.

De estas diferencias han nacido las distintas escuelas históricas de que vamos á dar una ligerísima noticia.

§. 646.

La escuela *descriptiva* francesa, al frente de la cual está Barante, autor de la *Historia de los duques de Borgoña*, da toda la importancia á la narracion pintoresca de los hechos, admite abundancia de episodios, entra en pormenores que miran con desden

ciertos filósofos, obra principalmente en la imaginacion y el sentimiento, y siguiendo el ejemplo de la poesía, procura que el lector deduzca por sí mismo las consecuencias y reciba la impresion moral que produce siempre el espectáculo de las acciones humanas.

La historia toma en este caso un carácter novelesco y poético, muy del gusto de la generalidad de los lectores; pero es insuficiente para llenar todo su objeto, porque no todos los lectores se hallan en el caso de comprender la significacion de los hechos, como puede comprenderla el historiador. La escuela descriptiva ha exagerado las palabras de Quintiliano, que la historia se escribe *ad narrandum, non ad probandum*, y que se parece á la poesía: *Proxima est poetis, et quodam modo carmen solutum.* La escuela descriptiva, como dice Chateaubriand, hace que desaparezca de la historia del individuo la historia de la *especie*. Barante ha sabido sobreponerse á este defecto.

§. 647.

La escuela *filosófica* hace abstraccion de los hechos secundarios y de los individuos, para fijarse principalmente en las ideas generales, en las instituciones, en todo lo que se llama civilizacion de un país. Entre los antiguos, Tucídides y Tácito fueron los que mas se acercaron á este sistema; entre los modernos, Bossuet, Montesquieu, Ancillon, Guizot y Heeren son reputados por los mejores modelos. La escuela que en Francia se ha llamado *fatalista*, á cuyo frente están M. Thiers y M. Mignet, refiere solamente los hechos generales, y tiene la pretension de permanecer impasible ante el crímen y la virtud. Así como la escuela descriptiva sacrifica la *especie* al *individuo*, esta sacrifica el *individuo* á la *especie*.

En el siglo pasado preponderó en la historia el carácter filosófico, así como en los siglos anteriores habian prevalecido los trabajos de erudicion y las imitaciones de los historiadores romanos. La escuela descriptiva fué una reaccion contra la filosófica del siglo pasado. En Alemania se han manifestado tambien las dos tendencias opuestas. Hegel está al frente de la escuela filosófico-histórica, que lleva el título de *racional*, y dice que la idea crea el hecho. Niebuhr y Savigny son los mas célebres escritores de la escuela histórica ó sobrenatural, que partiendo de los hechos, y reconociendo un órden providencial en el curso de los acontecimientos, desecha toda fórmula filosófica.

§. 648.

Por último, algunos pensadores atrevidos han considerado la especie humana en general, aspirando á descubrir las leyes inmutables que rigen y gobiernan su desenvolvimiento, y creando de esta manera la ciencia que designan con el pomposo título de *filosofía de la historia*. Aunque S. Agustin en su *Ciudad de Dios*, y Bossuet en su *Discurso sobre la historia universal*, partieron ya de un determinado principio, Vico, el célebre autor de la *Ciencia nueva*, es el verdadero padre de esa escuela, en la que han dado pruebas de elevado talento y de grande imaginacion Ballanche, Herder, Hegel y Krausse.

Las obras de estos autores, al paso que han extraviado deplorablemente á muchos, no han dejado de contribuir al mejoramiento de los estudios históricos. No son historias, pues que en ellas ó se prescinde absolutamente de ciertos hechos importantes, ó se les da tormento para acomodarlos á la teoría del autor.

§. 649.

Ninguno de estos sistemas debe proscribirse, porque se completan mútuamente, y todos se encaminan por distintas direcciones al principal fin de la historia.

Véase cómo opina uno de los jueces mas autorizados, el famoso Chateaubriand: «Si es cierto que al tomar la pluma importa mucho tener algunos principios bien sentados, es ocioso, á mi modo de ver, preguntar cómo debe escribirse la historia; cada historiador la escribe á impulsos de su propio ingenio: uno narra perfectamente, el otro pinta mejor; este es sentencioso, aquel indiferente ó patético, incrédulo ó religioso; todos los modos son buenos, con tal que sean verdaderos. ¡Qué portento seria reunir la gravedad de la historia al interés de las memorias, ser á la vez Tucídides y Plutarco, Tácito y Suetonio, Bossuet y Froisard, y asentar los cimientos de su obra en los principios generales de la escuela moderna! Pero ¿á quién dotó jamás el cielo de un conjunto de talentos, de los cuales basta uno solo para la gloria de muchos hombres? Cada cual escribirá como ve, como siente; no puede exigírsele al historiador mas que el conocimiento de los hechos, la imparcialidad en los juicios, y si es posible, el estilo.»

Solo debemos advertir que, á medida que la historia abandona el campo

de los hechos para entrar en el de la ciencia ó de la elevada teoría, va perdiendo su verdadero y propio carácter.

II.—DOTES MORALES E INTELECTUALES DEL HISTORIADOR.

§. 650.

Dos calidades morales debe poseer indispensablemente el historiador; la *veracidad* y la *imparcialidad*. Ambas son el fundamento de la historia.

Así lo expresa y explica elegantemente Ciceron en el siguiente pasaje: *Quis nescit primam esse historiæ legem ut ne quid falsi dicere audeat, deinde ne quid veri non audeat, ne qua suspicio gratiæ sit in scribendo, ne qua simultatis? Hæc scilicet fundamenta nota sunt omnibus.*

§. 651.

La *veracidad* consiste en referir los hechos dándoles el mismo grado de probabilidad con que se presentan á nuestro espíritu: los ciertos como ciertos, los dudosos como dudosos. Pero, como la falsedad de los hechos proviene muchas veces de error, y no de mala fe, no cumpliria con sus sagrados deberes el historiador que tomase la pluma, sin haber hecho los estudios é investigaciones indispensables para conseguir el acierto. Si descansa en el dicho de otros historiadores, debe advertirlo, como lo hicieron Tito Livio y Mariana. Podrá ser conveniente que refiera las tradiciones vulgares, cuando lo juzgue á propósito para dar una cabal idea del espíritu de una época ó para explicar ciertos hechos históricos; en tal caso deberá manifestar franca y explícitamente el juicio que hubiese formado de su verdad ó falsedad.

La verdad de los hechos es el carácter distintivo, y en cierto modo constitutivo de la historia. «De la misma manera, dice Polibio, que el instrumento llamado regla no deja de merecer este nombre, sean cuales fueren su longitud y anchura, con tal que su rectitud sea perfecta, y que, por el contrario, ya no es una regla desde el momento en que no es del todo recto; asimismo la historia seria historia aun cuando estuviese desnuda de los adornos que pueden embellecerla, pero deja de serlo en el instante mismo en que se aparta un solo punto de la verdad.»

§. 652.

A la circunstancia de no poder decir nada falso, *ne quid falsi dicere audeat*, añade Ciceron la de tener el valor de no callar la verdad, *ne quid veri non audeat*. Pero este precepto necesita alguna limitacion: hay hechos muy verdaderos que por su escasa ó ninguna importancia deben omitirse; otros hechos acarrearian graves y quizás inútiles peligros al escritor, sobre todo tratándose de sucesos muy recientes. Si Ciceron hubiese vivido en los tiempos de Tiberio, probablemente habria sido algo menos exigente con el historiador; bien que en semejantes ocasiones mas valiera cerrar los labios ó resignarse á no escribir para sus contemporáneos. Algunos opinan que deben borrarse de la memoria de los hombres ciertos crímenes, cuyo solo espectáculo desmoraliza ó desprestigia venerandas instituciones; mas, si bien es posible que perviertan el sentimiento moral la licencia de Petronio ó la impericia de otros escritores, tampoco debe olvidarse que muchas veces el severo fallo de la posteridad es el único castigo que alcanza en la tierra al crímen triunfante, y que bajo el enérgico pincel de Tácito los vicios mas repugnantes no pueden inspirar otra especie de sentimiento que el de un horror saludable y justo.

En las crónicas se refieren hechos tan insustanciales, que, por mucho que los aprecien los amigos de antiguallas y los poetas, no proporcionan ningun fruto al historiador. Sin embargo, tambien puede extraviar el exagerado desprecio de los pormenores, que muchas veces, como Mably lo decia de Voltaire, no es mas que superficialidad é ignorancia.

§. 653.

Si la verdad histórica exige que no se oculten las enfermedades asquerosas del corazon humano, con mas razon condena la omision de las grandes virtudes. Salustio, en su *Conjuracion de Catilina*, faltó gravemente á la verdad histórica, ocultando en las tinieblas la noble imágen del cónsul á quien debió Roma su salvacion.

La ocultacion de lo bueno y la viva pintura de lo malo es el medio de que se valen el espíritu de partido ó la malicia, para cubrir con la nota del descrédito ó del odio lo que se opone á sus fines. La historia debe tener las mismas condiciones que un proceso bien sustanciado.

§. 654.

La *imparcialidad* consiste en juzgar los hechos sin pasion, *sine ira et studio*. La imparcialidad no exige, como se ha pretendido, que el historiador no tenga patria ni partido, ni amigos ni religion; una imparcialidad de esta especie, que mas bien seria indiferencia ó escepticismo, solo puede caber en un corazon muerto para los mas nobles y generosos afectos. La imparcialidad no excluye el entusiasmo que debe inspirar todo lo bueno, ni la vehemencia y energía con que debe condenarse lo que se conceptúe digno de odio. Basta para ser imparcial una disposicion constante á no infringir los fueros de la verdad y un noble esfuerzo para hacer justicia, aun contra los intereses de la causa que se defiende.

Esta regla de la imparcialidad está contenida tambien en las citadas palabras de Ciceron : *Ne qua suspicio gratiæ sit in scribendo, ne qua simultatis.* Los tiranos han tenido sus aduladores, panegiristas han tenido los excesos revolucionarios del populacho, y no pocas veces los elogios se han comprado con oro. Pero tambien el hombre honrado y entusiasta cede fácilmente á los nobles sentimientos de amistad, de compasion, de patriotismo, y falta á la debida imparcialidad, atenuando ó agravando los hechos. El que hable de una persona querida, como lo hizo Tácito en la *Vida de Agrícola*, difícilmente evitará que la indulgencia guie su pluma, y con mayor dificultad podrá ahogar en su pecho la poderosa voz del amor propio quien, como César, se convierta en historiador de sus propios hechos.

§. 655.

Además de las cualidades morales mencionadas, debe poseer el historiador facultades muy superiores, y reunir un buen caudal de conocimientos, sea cual fuere el género histórico á que trate de dedicarse. En el que se dedica á la investigacion de los hechos deben predominar la memoria, el ingenio, la paciencia de los pormenores, la erudicion. El que pretende sobresalir en la historia

pintoresca, debe reunir á la imaginacion y sensibilidad del poeta el talento y la calma del filósofo; además del conocimiento directo de los lugares y de las fuentes históricas, necesita hacer profundos estudios en las ciencias morales, políticas y estratégicas, y saber muy á fondo la legislacion y la literatura del país. Talento observador y profundo, mucha reflexion, facultad de generalizar, un meditado estudio de la historia interna; mas conocimiento de la filosofía, de la legislacion, de la diplomacia, de la economía, de la administracion y de la estadística, que de las batallas y casamientos de príncipes; mas noticias en ciencias y artes, que en arqueología y en materias de erudicion y curiosidad, es lo que indispensablemente necesita quien aspire á sobresalir en la historia filosófica. Por último, la filosofía de la historia está en la cumbre de estos estudios, y si no ha de convertirse en un simple capricho de la fantasía, supone la base de grandes adelantamientos en historia y filosofía, y la aparicion de un verdadero genio.

La historia general de una nacion no puede ser obra de un solo hombre. Los trabajos parciales deben precederla. El que escribe la historia general de un país necesariamente debe descansar en la fe de los que le han preparado el terreno; no puede ser mas que el centro en que converjan los estudios antes dispersos y aislados. Por la imposibilidad de que ningun hombre reuna la suma de conocimientos que supone la historia completa, nos han parecido convenientes y casi necesarios los diferentes caminos hasta hoy dia emprendidos. Basta lo dicho para que se comprenda si es trabajo de poca monta el de una historia universal.

III. — MAXIMAS, DESCRIPCIONES Y ARENGAS.

§. 656.

Las máximas políticas y morales, las reflexiones y los juicios del escritor, constituyen una parte interesantísima de la historia. Las máximas han de ser profundas, sin oscuridad ni énfasis; claras, sin vulgaridad. Deben nacer naturalmente de los hechos, y no ser tan frecuentes que á cada paso interrumpan el curso de la narracion. Blair aconseja que se incorporen artificiosamente en ella, evitando la forma sentenciosa, que da al estilo un aire pedantesco.